

RESEÑAS

ANDRÉS AVELINO CÁCERES: LA HISTORIA DEL PERÚ EN SUS CARTAS

Osmar González Alvarado (2023) Lima, Editorial Universidad Ricardo Palma, 404 pp

Trayectoria del autor y enfoque historiográfico

Conocí a Osmar Gonzales Alvarado en Buenos Aires cuando era un dinámico y creativo agregado cultural en la Embajada del Perú en Buenos Aires.

Me complace mucho expresar aquí algunos comentarios sobre el libro que hoy presenta en la Feria del Libro Ricardo Palma que muestra la culminación de una novedosa metodología historiográfica, que sin duda comparto.

Me refiero a su propósito de utilizar cartas oficiales y, sobre todo, personales, (dicho en sus palabras) para “visualizar de modo más nítido los micro fundamentos de las decisiones de los individuos”. Además, Gonzales Alvarado se centra en personajes como Cáceres, (también en sus palabras) “que tienen incidencia en la vida colectiva” (p. 391). O, en otras palabras, se estaría buscando una manera de introducirse en el pensamiento, en la ideología y, en general, en la subjetividad, de las personas.

Es evidente el contraste, en valor historiográfico, entre las cartas escritas al calor de los acontecimientos y textos como el de las *Memorias* de Cáceres, que tienen gruesos desenfoques (y que, a veces, ni siquiera son redactados por los protagonistas).

Osmar Gonzales publicó en 2022 un interesante libro en esta misma línea (y también en esta editorial de la U. Ricardo Palma) titulado *Sociología de intelectuales y epistolarios personales. Primera mitad del siglo XX*. Por otro lado, antes, en 2018, había publicado el libro *Billinghurst: combatiente del desierto salinero* que, según él mismo dice, ha sido ampliado en el capítulo 4 del libro que hoy reseñamos. En este caso, Gonzales Alvarado habla de una “biografía política” de este personaje. Algo muy interesante en un país como el Perú, donde el género biográfico está tan poco desarrollado, *incluso* para los casos en que existen completos epistolarios transcritos y editados, como ocurre con José de la Riva-Agüero y Osma.

Los materiales epistolares permiten no sólo seguir el “hilo” político de un proceso, sino también toparse con valiosa información “fría” (para usar el lenguaje del historiador francés Marc Bloch): por ejemplo, la imagen de un Justiniano Borgoño, representante de Cáceres durante la guerra civil de 1894-1895 en el Norte, maravillado por el “portentoso invento” del teléfono (p. 162). También sirven para retratar la mentalidad de la época, como el social darwinismo que trasuntan los comentarios de Juan Pedro Paz Soldán, uno de los interlocutores de Cáceres: “Un país triunfante siempre es un gran pueblo”, o, los aventureros

inmigrantes “buscan siempre los países prósperos, los pueblos vencedores” (p. 154). Asimismo, para rescatar hechos históricos perdidos, como la abnegación del médico británico Vicente Federico Eck (en palabras de Cáceres a Billinghamurst) “por su honorable conducta con los heridos peruanos en la jornada de Tarapacá” (pp. 223, 272).

Hablemos ahora de la teoría que se encuentra en el fundamento de esta nueva metodología. Ella se inserta, sin duda, en lo que podríamos llamar una revolución historiográfica que, sin descuidar los elementos estructurales de raíz económica, destaca mucho los aspectos políticos y culturales, dentro de una renovada importancia que se da a dos dimensiones centrales: una amplia apreciación internacional de los fenómenos y, sobre todo, una revaloración del rol del individuo en los procesos históricos. En otras palabras, la teoría se ha ampliado. Ha quedado atrás la apreciación de las personalidades como marionetas de las estructuras, es decir, de fuerzas que no dominan en ningún caso. Aunque esta posición no debe ser llevada al extremo, porque es evidente que un individuo, por más poderoso que sea, no podría él solo modificar el curso de una crisis internacional o de una pandemia (por poner dos ejemplos), el moderno enfoque tan bien expresado en este libro tiene que ver con una renovada valoración de las decisiones políticas conscientes. Ubiquémonos en un caso de hoy, para entendernos: ¿sería lo mismo la China con un liderazgo distinto del de Xi Jinping?

Queda claro también, como dice Gonzales Alvarado en la página 392, que él observa (dice) “desde la Sociología, buscando desentrañar las funciones que cumple Cáceres...”

Luego de aplicar su criba metodológica y teórica, el juicio del autor es rotundo: “Cáceres era un militar con clara consciencia política” (p. 88)

Hasta aquí los aspectos metodológicos y teóricos.

Aportes específicos

Cáceres aparece retratado en su complejidad. No lo dice con estas palabras, pero, en la parte final de su trabajo, Gonzales Alvarado parece decir que no hubo uno, sino varios Cáceres. Dicho por él mismo: “En cada delimitación temporal, nuestro personaje expresa un perfil específico, con sus objetivos, alianzas y posiciones diferentes en la escala del poder” (pp. 392 y ss.)

Para mí, el capítulo más interesante es el que se refiere a las relaciones entre Cáceres y Guillermo Billinghamurst. Primero, vemos una estrecha (y por qué no decir, *patriótica*) colaboración entre un presidente de origen militar y un abnegado cónsul radicado en Iquique, que era, en verdad, un empresario tarapaqueño pierolista. Después, en la guerra civil de 1894-

1895, vemos a ambos en bandos diferentes que se combaten sin tregua. Y, por último, nos encontramos con una especie de alianza política entre Cáceres y Billinghamurst, en las postrimerías del siglo XIX, con el objetivo nada menos que de dar un golpe de estado (que no tuvo éxito) a Nicolás de Piérola, a quien ambos detestaban con sobradas razones. En el caso de Cáceres, por haber sido derrocado en 1895 por los llamados “coaligados” civilista-pierolistas. Y, pensando en Billinghamurst, al haber sido marginado por Piérola, pese a la enorme lealtad que el empresario tarapaqueño había mostrado en todo tiempo al “Califa”. En otras palabras, en este caso, la vida política aparece reflejada en toda su complejidad.

Lo interesante es que la reconstrucción de este panorama sólo ha podido ser hecha haciendo uso de la correspondencia entre Cáceres y Billinghamurst, auténtico diálogo político preservado para la posteridad en la forma de cartas confidenciales. Este es un rasgo que caracteriza el capítulo cuatro. Por contraste, en el capítulo segundo, tenemos las cartas de Cáceres, pero no las de Lizardo Montero. Y, al revés, en el capítulo cinco, tenemos las de Teodomiro Gutiérrez, pero no las de Cáceres.

Quisiera llamar la atención de dos cartas que Cáceres dirigió a Billinghamurst que, por cierto, retratan al gran ayacuchano de cuerpo entero. Se trata de transcripciones de cartas localizadas al final del capítulo cuatro, pero que también son comentadas en el texto mismo.

La primera está fechada en Lima el 6 de febrero de 1889. El contexto es el de una sociedad peruana enfrentada visceralmente durante el proceso de aprobación del Contrato Grace para resolver el problema de la monstruosa deuda externa. Cáceres habla de estar viviendo el país “una de esas situaciones de prueba y de martirio”. Dice que el desaliento ha venido a “envilecer las almas”, y que el pesimismo “mata toda iniciativa y todo estímulo”. Añade que si “se trata de establecer una industria o de ensanchar una fuente de riqueza [...] al punto salta el obstruccionismo pretendiendo demostrar la inconveniencia de esa empresa...” ¿Por qué hablaba Cáceres así, con este tono lastimero? Porque el día en que Cáceres escribía esta carta había sido uno de los peores durante la verdadera tormenta de discusiones y recriminaciones en el proceso de aprobación del Contrato Grace. Había dos posiciones: la del gobierno, partidario de convertir a los acreedores británicos del Perú en socios, mediante la entrega por 66 años de los destartalados ferrocarriles peruanos, a cambio de cancelar lo esencial de una deuda externa gigantesca equivalente a treinta presupuestos nacionales anuales juntos; y la de los enemigos del contrato, que decían que la garantía de la deuda (o sea, el guano) estaba en poder de Chile y, por lo tanto, era este país el que debía afrontar el pago de la deuda peruana. En su carta citada, Cáceres añade una idea crucial: quienes más ganan con estos desencuentros son nuestros “enemigos de siempre” (p. 258), o

sea, los chilenos, que parece que no veían bien un arreglo entre los acreedores y el gobierno. Lo interesante es que el Contrato Grace resultó muy positivo para la economía peruana en el mediano plazo, lo que es subrayado hoy por historiadores como Carlos Contreras, Marcos Cueto y Alfonso Quiroz. La “oposición calculada de Chile” al Contrato Grace aparece con estas palabras en la carta de Cáceres a Billinghamurst del 15 de diciembre de 1888. También en una anterior del 3 de noviembre de ese año, donde se dice que “Chile no quiere ni pretende otra cosa que ejercer continuo y odioso tutelaje sobre el Perú...” (pp. 218 y 254). En todo caso, ¿es razonable deducir de estas palabras de Cáceres una voluntad oscura, orientada a la corrupción? ¿O reflejan la desesperación de un mandatario ante los obstáculos irracionales que le estaban poniendo (según sus propios calificativos, y aparte de Chile) “almas envilecidas” locales, y patológicamente “pesimistas” y “obstruccionistas”?

La segunda carta es de un día no especificado de mayo de ese mismo año 1889. Era el tiempo en que el magnate salitrero británico John Thomas North había regresado a Chile y había tenido choques con el gobierno del presidente chileno José Manuel Balmaceda. (De hecho, North terminó abandonando otra vez Chile). En este contexto, Cáceres le pide a su dinámico cónsul en Iquique, Billinghamurst, que sondeara a North para animarlo a invertir en el Perú, “tarea necesaria -dice- por el estado de empobrecimiento en que nos encontramos” (p. 263). Resulta chocante calificar a Cáceres de retardatario u opuesto al progreso (como algunos historiadores peruanos lo pintan hasta ahora, no se sabe por qué) luego de leer este párrafo de su carta: “No es difícil imaginar cuánto puede influir en el cambio de la situación moral y económica de nuestros pueblos la presencia de capitales que sirvan a la explotación de las minas, al fomento de la industria y al desarrollo del comercio. Cualquiera medida en este sentido y cualquiera adquisición que se obtenga será siempre un paso adelantado en el camino de nuestra reparación” (p. 263). Hasta aquí Cáceres. Por ello, discrepo con esa parte del texto de Osmar, inspirado en uno de los historiadores que más han atacado a Cáceres sin fundamento, donde se afirma que “la mirada burguesa, modernizadora e integracionista en términos nacionales de Billinghamurst colisionaba con la política cacerista” (p. 229). No comparto tampoco la idea de que Cáceres “asumió la defensa de los poderes locales en contra incluso de los indígenas” (p. 229). ¿Existe acaso una sola carta de las que han sido recopiladas aquí por Gonzales Alvarado que muestre a Cáceres como irrespetuoso o despectivo frente a los campesinos? ¿Cómo se explica que, en 1893, Cáceres haya escrito con tanto afecto y familiaridad a su viejo amigo, el comandante de guerrillas de Huanta Fernando Sinchitullo, tal como refiere Patrick Husson, en su libro *De la guerra a la rebelión* de 1992? ¿Cómo entendemos que haya recibido con tanto afecto al propio Atusparia, en 1886, en Lima, en

tiempos en que tomó el poder, como refiere un despacho del *The New York Times*? Y, para concluir, ¿por qué Teodomiro Gutiérrez, el famoso rebelde *Rumi Maqui*, se dirige a Cáceres, en palabras del autor, como “guía, jefe, líder y amigo”? Aquí no aparece un adversario de los campesinos, sino todo lo contrario. Creo que resulta más objetivo afirmar, como dice Juan Pedro Paz Soldán en su conocido *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos* de 1917, que uno de los grandes logros políticos de Cáceres como mandatario fue haber desarmado y desarticulado a los bandoleros que infestaban la Sierra luego de la guerra con Chile, lo que sin duda es muy diferente de tener una política anti campesina. Por cierto, Paz Soldán es otro de los corresponsales de Cáceres, que es retratado de manera magistral en el capítulo tres de su libro.

Siguiendo con la carta de mayo de 1889, de tan extraordinaria importancia, ella permite, asimismo, colegir que, en la mente y en el sentir de Cáceres, estaba presente la preocupación sobre el plebiscito de Tacna y Arica, previsto para 1894. El documento refiere un encuentro reservado de Cáceres, en Lima, con el chileno Agustín Matte. Aunque no es del todo clara, la carta parece sugerir que la misión oficial de Matte había consistido en ofrecer dinero al Perú (“algunos fondos”) para que cediera Tacna y Arica, obviando el plebiscito pactado en el Tratado de Ancón. En sus mismas palabras, Cáceres aparece diciéndole a Matte que “ni yo, ni peruano alguno, podría optar por tal procedimiento”. En su *Historia de la República del Perú*, Jorge Basadre señala que poco antes, en 1886, al comenzar el régimen de Cáceres, el ministro plenipotenciario de Chile en Lima, Álamos González, había ofrecido al presidente Cáceres una cantidad mayor a los diez millones de pesos de plata que el vencedor del plebiscito debía dar a la otra parte, en caso el Perú accediera a entregar Tacna y Arica sin consulta popular. Cáceres se negó, como parece haberlo hecho, según hemos visto, tres años después, en mayo de 1889. Lo que es una paradoja, a la luz de los terribles ataques que suelen hacerse a Miguel Iglesias desde los sectores ultranacionalistas peruanos, es que Cáceres esgrime aquí la obra diplomática de Iglesias, o sea el Tratado de Ancón, como escudo para oponerse al deseo de Chile de apurar la asimilación de Tacna y Arica. De hecho, en una carta anterior, fechada el 15 de diciembre de 1888, Cáceres hablaba del Contrato Grace no solo como un medio para recuperar la capacidad crediticia del Perú, sino, en particular, para afrontar “los gastos que demande la restitución de Tacna y Arica” (p. 219). Sólo quisiera añadir que la preocupación de Cáceres sobre el plebiscito se ratifica en un oficio reservado que dirigió al Canciller a su regreso como ministro en Londres, fechado en Lima, el 4 de agosto de 1892, donde habla de las gestiones que había realizado en Londres, ante la *Peruvian Corporation* (la empresa que había surgido del Contrato Grace) orientadas a conseguir crédito

para la “liberación de Tacna y Arica”. Este oficio reservado se conserva en el Archivo Central de la Cancillería del Perú, y es complemento perfecto, junto con la anterior carta a Fernando Sinchitullo de 1893, de los valiosos materiales epistolares que contiene este libro. Por cierto, el archivo de la Cancillería, que Gonzales Alvarado llega a utilizar (p. 207) puede ser un complemento interesante de los que ya ha utilizado con tanto fruto, como los de Cáceres y Piérola de la Biblioteca Nacional (p. 134).

Me temo que no voy a poder referirme a tantos temas que son tratados en este estupendo libro. Solo me queda agradecer al autor por permitirme dirigirles estas palabras.

Hugo Pereyra Plasencia

Versión escrita de las palabras pronunciadas el día de la presentación del libro en la Feria del Libro Ricardo Palma, Miraflores, 28 de noviembre de 2023,